

Domingo Melfi D.

En el remate de un palacio Santiaguino ⁽¹⁾

(Conclusión)



N la vida social santiaguina existe el recuerdo de un poderoso señor, dueño de un áureo palacio hoy demolido, que agonizó en la pieza más retirada de la mansión mientras un grupo numeroso de amigos danzaba y se divertía en las estancias suntuosas que daban hacia los jardines de la calle. Este potentado según relatan las crónicas, murió solo, aislado en esa noche de fiesta. Las luces llenaban de pedrerías todos los rincones y entre los ramajes de los árboles que rodeaban el edificio, colgaban luces de todos colores. A los oídos del agonizante llegaban amortiguados por los pesados cortinajes, cruzando las ráfagas lánguidas de los valeses, el eco de los brindis y de las carcajadas de la alegre comparsa de amigos. Para ellos no existía la muerte que

(1) Ver la primera parte de este estudio en el número 189 correspondiente a Marzo del presente año.

aleteaba, sin embargo, muy cerca. Incrédulos e inconscientes, con la impetuosa sangre de la juventud en sus venas seguían bebiendo y cantando envueltos en los torbellinos de los vales. Saludaban la vida con toda la potencia de sus corazones ilusionados. El dueño, entre tanto, confesaba sus culpas a un joven sacerdote, que más tarde fué una gloria de la iglesia chilena, y que inclinado sobre la almohada del moribundo trataba con sus palabras de esperanza, de transportarlo a otras regiones de existencia más plácida y más serena. La música hería sus oídos de castidad y de renunciamento. Sentía la enorme responsabilidad que gravitaba sobre el agonizante pero era al propio tiempo incapaz de acallar las carcajadas y los cantos alegres que se filtraban a través de los maderos de las puertas.

El episodio pasó sin gloria. Pero el episodio era un símbolo anticipado de las angustias que dominarían más tarde. Allí podría encontrarse un comienzo del egoísmo de la sociedad, de la adoración permanente al dios placer que ha sido quizá una de las más categóricas formas de esta especie de desenfreno moral que hoy domina en todos los sectores sociales. En el hombre que agonizaba solo y abandonado, mientras a pocos pasos, a través de algunas puertas, se divertía toda la comparsa de amigos sin volver jamás la cabeza o poner oído al susurro final que brotaba de sus labios de moribundo, se encuentra el típico desdén hacia las formas superiores de la vida. El potentado había alhajado su palacio; lo había construído con piezas traídas una por una desde

Europa y Estados Unidos. Las gradas de granito que daban acceso a la mansión por las cuales habían subido y bajado las imágenes del placer, casi noche a noche, eran igualmente importadas lo mismo que los maderos de las puertas y ventanas y la cúpula de cedro que ceñía el gran hall central de la casa.

Algunos años después de su muerte, todos los efectos valiosos, los cuadros o las figuras de mármol que adornaban las salas y que estaban sellados por firmas magníficas, fueron dispersados por el torbellino de la renovación. Nuevos ricos o poderosos hombres de fortuna y de sociedad, adquirieron para sus mansiones aquellas piezas artísticas que tanto había costado reunir. Ellas mostraban el auge y el esplendor de una época de magnificencia. Constituían además el resultado de una vida consagrada a los negocios, a las empresas más audaces de que hay memoria en la vida social chilena. El potentado había sido uno de los pioneros de las exploraciones mineras y gracias a su esfuerzo continuo se habían construido ferrocarriles en regiones desérticas del territorio. Se había dado placeres de nabab, horas casi heliogabalescas y había hecho participar a sus amigos de la riqueza que poseía, labrada a golpes de inenarrables sacrificios.

Nada de eso queda. El palacio permaneció mucho tiempo abandonado. Los jardines languidecían en el silencio. Los senderos estaban cubiertos de yerbas, y entre la decoración moderna que se levantaba poco a poco en las calles vecinas o entre la miseria de otras, sin re-

novación, la mansión miliunanochesca, surgía como un empecinado recuerdo de otros días.

Se demolió por fin el palacio y se abrieron calles de casas modernas y altos edificios de departamentos. Una muchedumbre nueva compuesta de familias reducidas o de extranjeros, que nada sabe por cierto de aquellas intimidades ni de lo que allí antes existió, prolonga sus costumbres y sus hábitos monótonos. Son familias de tres o cuatro personas, que se acomodan en pequeñas estancias lisas, sin decoración alguna. Representan éstas el tipo moderno del hogar en el cual no hay ya jerarquías ni autoridad. Casi todo el día el recinto queda abandonado a merced de una empleada. El padre sale temprano, luego sale la señora, más tarde la hija o el hijo. Algunas veces se reúnen a la hora del almuerzo. Por lo general regresan todos en la noche. La vida es agria y es apremiante. Y nadie puede ya permanecer inactivo en su casa. La servidumbre es cara y es altiva, y para mantener limpio o aseado uno de esos departamentos estrechos, basta a veces con un solo servidor.

En cambio, los palacios antiguos necesitaban ejércitos de empleados. Y no era posible con las urgencias actuales, mantener ese cortejo de llaveras, cocineras, mayordomos, niños para los mandados, sirvientas de mano, choferes, que ocupaban toda una ala de los edificios. Ese cortejo requería atenciones especiales, un presupuesto voluminoso, que sólo pocas fortunas eran capaces de

resistir sin quebranto. Aparte de eso, había que mantener el boato de la familia; a veces a otras familias emparentadas con los amos, y que habían venido a menos y carecían de medios para subsistir. Las contribuciones y los impuestos a las fortunas, a los bienes raíces, a las tierras heredadas que componían el patrimonio de la riqueza familiar, agobiaban y roían la antigua opulencia, haciendo difícil su mantenimiento.

Se había creado un concepto nuevo de vida, una nueva disposición moral, más elástica, más ductil, más acomodaticia. Ya los palacios antiguos habían dejado de tener importancia, porque las nuevas corrientes políticas y sociales habían modificado o trastornado el significado de la jerarquía y a nadie le importaba la opulencia ajena, como no fuera para liquidarla en beneficio del Estado. Estos palacios eran el producto del individualismo, del sentido liberal de la economía que ponía en pocas manos la fortuna y que siendo además, dueña de la tierra, podía a su vez manejar a su antojo al elemento humano. Cada palacio era un reducto en el cual se asilaba la vieja alma antigua, el viejo espíritu de la tierra, sobre la cual habían mantenido su señorío las tribus del abolenjo. Pero el mundo había sido trastornado, había sido dado vuelta del revés. A partir desde 1918, una ráfaga quemante de disolución, más vívida que la que permitió a los herederos de los mineros y hacendados del siglo pasado elaborar las fortunas y dar goces a sus familias, se había adueñado del mundo. Esta ráfaga traía en sus alas el principio

de que la colectividad valía más que el individuo, la riqueza menos que el derecho de los pobres a ser tenidos como «personas humanas», el rango social de unos pocos tanto como el valer personal de quienes poseían inteligencia y capacidad de trabajo. Los clanes de la política eran batidos, analizados y discriminados. Los hombres públicos enjuiciados, los poderosos señores despreciados con sus inmensas riquezas. Para acabar con este poderío social de unas cuantas familias— en Francia eran doscientas y en América tantas cuantas podía encerrar una comunidad agrícola y bancaria de menos volumen económico—para aminorar o empuñar el predominio de esas tribus, era necesario distribuir la riqueza en forma más humana, conforme a los nuevos conceptos de la convivencia social. Las leyes de amparo a los débiles fueron dictadas en medio de agrios debates. El parlamento había cambiado de «pelo». Ya no era sólo el reducto de los ricos, sino el recinto de todos. Las familias poderosas que mantenían cada cual, un representante en la cámara, para la defensa de sus intereses, habían debido ceder, poco a poco, ante el ímpetu de las nuevas corrientes sociales, que se habían formado por el trabajo o por la rebeldía y el cansancio, en las clases media y populares. Esas leyes defendían al obrero de la explotación de los patrones, al empleado de la usura de los dueños de industrias o de empresas comerciales. Cada ley imponía nuevos tributos, y nuevas contribuciones para los poderosos y nuevas franquicias para los imponentes

de las cajas o para los asociados. Los campos empezaban a llenarse de voces impetuosas y violentas. Los peones habían aprendido cosas que antes ni siquiera en sueños les visitaban. Y como la crisis agobiaba por igual a patronos y empleados, éstos maldecían de aquéllos y aquéllos de éstos, sin que en la grita general pudieran entenderse ni los unos ni los otros.

El viejo palacio en subasta representaba, pues, esta liquidación del antiguo espíritu liberal, tanto como en la política, el concepto doctrinario del «dejar hacer y del dejar pasar», había sido cercado por los nuevos métodos de la política revolucionaria.

La familia había sido también aportillada en sus fundamentos tradicionales. Los padres, como ya hemos dicho, carecían de la autoridad severa de otro tiempo y los hijos se rebelaban de la tutela familiar, sin que experimentaran emoción alguna ante el sufrimiento llamado de sus mayores. Les dejaban sufrir, les dejaban maldecir de los tiempos nuevos, hacían la vista gorda cada vez que eran sorprendidos en flaquezas que en otra época jamás hubieran sido toleradas.

Las estancias de esa mansión llena con el rumor de la calle y de la muchedumbre ávida de escudriñar todo, no eran ya del dominio de una familia sino la expresión del mundo. La intimidad comenzaba a deshacerse, a desgarrarse en infinitos fragmentos. Nadie toleraba vivir en sosiego mientras afuera la vida hacía los guiños del deseo y llamaba a todos a participar de

sus alegrías. Los cines, las salas de té, las «boites», los cabarets, arrastraban a una vida de placeres y de libertades incontroladas. Las mujeres regresaban tarde de la noche a sus hogares apestando a alcohol y tabaco, y ninguna protesta era sobrado fuerte para contenerlas en su vida de disipación. Todos querían lucir su independencia, todos querían ser cómplices en la locura general. Para subsistir era preciso poseer una renta que la depresión de la moneda hacía cada vez más alta y astronómica. ¿En donde procurarse dinero para satisfacer el lujo y el ansia de goces? Las familias hipotecaban sus fundos o sus palacios. Los empleados contraían deudas superiores a su capacidad de solvencia y los negocios oscuros y poco limpios, manchaban cada día la honorabilidad de gentes cuyos antepasados habían tenido una línea de conducta insospechada de honestidad. A nadie le importaban estas caídas y estas miserias. Los deslices de las mujeres apenas si conmovían a sus parientes más próximos y muchachos imberbes, que iniciaban su camino en la vida, eran llevados a la cárcel por delitos de estafa.

Por otra parte el encimamiento de familias de obscuro origen, enriquecidas en especulaciones, o a negocios afortunados, habían provocado la emulación y el descontento de las familias de prosapia. Sostenidas por la fuerza de las nuevas doctrinas sociales que justificaban de cualquier modo el abatimiento de las tribus aristocráticas, se habían entregado al derroche y en todas partes, en todos los sitios, en las playas de moda, en los casinos,

en los cabarets, hacían su aparición ostentando en sus pieles y en sus joyas, la soberbia desafiante acumulada en el largo paréntesis de anonimato y obscuridad... Las viejas fortunas desaparecían, cambiaban de manos. Muchos fundos tradicionales habían sido comprados por los nuevos ricos. Muchos palacios habían sido adquiridos con todos sus muebles, por los potentados que recién surgían de la sombra social y que habían hecho felices negocios de bolsa o habían sufrido largos años de economía hasta acumular inmensas riquezas. Familias enteras de las provincias llegaban a la capital arrastradas por el deseo de ser también cabeza en el gran torbellino de la descomposición y renovación sociales. Traían sus fortunas para divertirse o para casar a sus hijas con los jóvenes «bien», restos de apellidos y de ejecutorias que el río inexorable de la liquidación había dejado maltrechos y quebrantados, en las riberas del naufragio.

Algunas de las familias poderosas se habían recluso en el silencio. Vivían la antigua vida. Resistían a los cambios profundos de las costumbres, mantenían su soberbia de otro tiempo. Con el patrimonio medio agotado, todavía podían hacer frente a los riesgos de la tormenta. Aun podían ofrecer un cuadro compacto de energía al ímpetu cada vez más implacable de las fuerzas sociales que se batían en la caldera de las transformaciones. Y para no perecer en la demanda, estrechaban sus compromisos, reducían sus presupuestos,

se desprendían de las antiguas regalías y entregaban, con una sonrisa irónica a los nuevos potentados las intimidades de sus mansiones suntuosas. La etapa había sido ya cumplida. ¿De qué podían servir ya los muebles valiosos, los cuadros y las figuras de porcelana? ¿Para qué podrían servir ya los amplios salones decorados por artistas europeos? ¿Qué fortuna podía resistir al mantenimiento de esas maravillas? ¿Qué presupuesto familiar era suficientemente fuerte para permitir la mantención de un palacio, que sólo en épocas de buena moneda y de predominio social se justificaba?

En el fondo de todo, la vida reclamaba con brutal pertinacia la liquidación de las viejas cuentas. En esta liquidación entraban, como ya se ha dicho, no solo la imprevisión de las clases aristocráticas y el desorden de los herederos que no habían sabido mantener en los tiempos nuevos, la antigua solidez económica y el espíritu de sacrificio de sus mayores, sino la violenta conmoción social sufrida por el mundo, a raíz de la gran guerra del 14, y que tan fuertemente había removido las bases morales de estas sociedades sudamericanas.

Y así cada palacio que desaparecía era como un golpe más en el corazón de la vieja sociedad que un tiempo manejó los destinos del gobierno y mantuvo sobre el país el predominio de su voluntad.

Terminó por fin la subasta del palacio. La muchedumbre desapareció poco a poco. El silencio parecía

más impresionante que nunca. Todo estaba en desorden. Esta vez sí que el viejo criado penetró a los salones, no como el hombre de la casa, sino como un forastero que acude a observar los restos de un cataclismo. Unos cargadores habían comenzado a amontonar por lotes los objetos que debían llevar a los camiones que esperaban afuera. Otro levantó en alto un cofre pintado de negro. Se oían risas y palabras irreverentes. Él contempló un instante esos aprestos decisivos. En dos o tres días más no habría ya nada en las salas y todo habría desaparecido. Él debía salir con el último mueble, abandonar esa casa en la que había vivido cincuenta años de su vida y en la que quedaban sus oscuros recuerdos simples, sus afanes y sus lealtades. Recorrió en silencio los salones, observándolo todo. Nada de lo que allí había le pertenecía. Nada formaba parte ya de su vida, a pesar de que todo eso, que no era de su pertenencia, había sido, sin embargo, su razón de existir. Atravesó los dormitorios, penetró en los departamentos de la servidumbre, salió luego al pequeño parque que servía en los veranos de lugar de reposo a la familia. Los escaños de madera ya no estaban allí. Había una glorieta de rosas y detrás de ella estaba el gran árbol sombrío, de hojas brillantes. El grueso tronco rugoso mantenía en alto el enjambre espeso del follaje, y su sombra en los días de sol era tan grata, como en un claro de un bosque. Era el peumo olvidado, el árbol criollo que representaba la supervivencia de la tierra,

en medio de aquel mundo de impaciencias, de olvidos, de mezclas de razas y costumbres distintas y que él había plantado hacía medio siglo por encargo del amo.

Se acercó hasta él llevado por una misteriosa y secreta fuerza. Se cobijó bajo su ramaje fragante, como si en él hubiera querido encontrar la razón de una verdad que no comprendía en su tosca naturaleza de hombre del pueblo. Nadie podría explicarle los cambios sufridos y nadie de su clase habría podido decirle sino palabras que él ya a sí mismo se las había dicho. Los cincuenta años de vida en común con los dueños de ese palacio eran suficientes para hacerle comprender que también a él le afectaba, aunque de distinta manera, la tormenta que había desgajado todo a su alrededor. Sólo allí quedaba el viejo árbol, el peumo de los bosques, símbolo de una tierra que no se transforma ni se dispersa y que es capaz de resistir todas las adversidades y todos los quebrantos. Con sus manos ya débiles acarició la áspera corteza y suspiró desde los más profundo de su pecho reteniendo hasta donde pudo las lágrimas que pugnaban por saltar de entre sus párpados enrojecidos...